



*Karol Cariola, secretaria general de las Juventudes Comunistas de Chile.*

# Prólogo

Karol Cariola  
secretaria general  
Juventudes Comunistas de Chile

*Dedicado a Audita Salazar,  
la compañera Tita, por enseñarme  
a entregar, sin esperar nada a cambio...*

Intentar definir a la juventud es una tarea difícil. La diversidad que la caracteriza es precisamente lo que la hace interesante y tremendamente compleja: el ímpetu, la energía, la alegría, el aliento, la valentía y la rebeldía casi genéticos, son algunas de las características que podemos encontrar en cada uno de los que viven aún sus primeros años. Los jóvenes son, por antonomasia, un grupo etario llamado a cumplir una función dinamizadora entre los sectores populares que nos planteamos la tarea de generar transformaciones profundas en esta sociedad, consumida progresivamente por una doctrina, el neoliberalismo, instalada de forma crecientemente violenta por las ágiles apuestas del imperio. La dominación imperialista ha adoptado diversas formas — apertura unilateral de fronteras, desregulación económica

y laboral, privatizaciones, tratados de libre comercio y otros— para afianzar su poderío y sojuzgar culturalmente a todo nuestro continente, que ha sufrido los embates del neoliberalismo en sus máximas expresiones, tal como ha ocurrido en Chile.

La dictadura de Augusto Pinochet fue el primer gobierno en el mundo que aplicó, a partir de 1976, las recetas de aquellos «recordados» muchachos de la Universidad de Chicago, bautizados como los *Chicago Boys*, seguida de la dictadura argentina impuesta en ese mismo año. Los *Chicago Boys* resaltan entre los más conocidos artífices de las reformas políticas, económicas y sociales destinadas a intensificar la concentración de la riqueza y la exclusión social. Avalada por la Constitución que Pinochet impuso al pueblo chileno como condición para retirarse del ejercicio directo del gobierno que había usurpado más de dos décadas antes, la política neoliberal fue mantenida por los gobiernos concertacionistas y la administración del presidente Sebastián Piñera se ha propuesto recrudescerla aún más.

La incrustada herencia del neoliberalismo es lo que nos ha llevado a protagonizar innumerables episodios de lucha política en la búsqueda incansable de la justicia social y la igualdad de oportunidades, para recuperar derechos que fueron amputados, como brazos y piernas, durante muchos años a todo nuestro pueblo.

Chile se ha visto sumergido en la miseria de la segregación, que ha dejado a su paso consecuencias como la gigantesca brecha de clases sociales existente, situación destacable si consideramos que se encuentra entre los primeros lugares del *ranking* de las naciones caracterizadas por la mayor desigualdad social. Estas diferencias no solo se reflejan en ciertos parámetros per cápita, sino también se evidencian en múltiples aspectos de nuestras vidas tales como la salud, que, a pesar de ser un

derecho humano fundamental, hoy tiene un costo que los más pobres deben pagar en calidad. Pasear por un hospital público en Chile nos permitirá ver a mujeres y hombres descontentos por sus salarios indignos; el abuso y la falta de reconocimiento hacia quienes dedican largas horas al cuidado de los enfermos, a la recepción de vidas al mundo, al mejoramiento de la calidad de vida de muchos que padecen enfermedades de carácter terminal: esos trabajadores de la salud se entregan a esa tarea con gran responsabilidad, pero con poca retribución. Las paredes ajadas con una escasa capa de pintura son una realidad y otra de las complejidades del sistema de salud en nuestro país; la calidad de la atención y la infraestructura de una institución pública dejan mucho que desear frente a las de una institución privada que se desarrolla bajo las lógicas del mercado.

Una realidad similar plantea el modelo de educación en Chile que, a partir de la imposición de la Ley General de Universidades y de la consolidación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, firmada un día antes de la salida del régimen militar, abre paso a un proceso de privatización progresiva de la educación básica, media y superior. Este modelo promueve el aprovechamiento desfachatado por empresarios corruptos que, a pesar de la prohibición explícita de lucrar con el bien social establecida por la ley, bien social que en este caso es el conocimiento, abiertamente lucran con ese bien social y ejercen sus influencias políticas para no ser penalizados por el robo que cometen contra el pueblo de Chile, robo avalado por un gobierno violador de la ley. Somos todos los chilenos quienes financiamos un negocio consistente en el desvío de fondos públicos hacia instituciones privadas que no son reguladas y, mucho menos, juegan un rol social.

La agudización de las contradicciones políticas, económicas y sociales causadas por el neoliberalismo chileno, entre ellas las

provocadas en el sistema de educación, ha abierto una puerta al despertar de nuestro pueblo. En legítima defensa a los ataques de un gobierno de derecha, que emprendió una cruzada para hacer que, en Chile, los ricos sean aún más ricos y los pobres sean aún más pobres, el movimiento estudiantil, que desde hace años ha venido creciendo y desarrollándose, adquiere en 2011 una fuerza inspiradora que lo convierte en un hito en las luchas populares que se han desarrollado en nuestro país desde el final de la dictadura pinochetista. Se trata de un impulso trascendental que los estudiantes de Chile le imprimen al proceso nacional de emancipación, llamado a ponerle fin a la institucionalidad impuesta por la dictadura de Pinochet en la Constitución de 1989.

El movimiento estudiantil ha sido la vanguardia en el inicio de una nueva etapa de la historia de nuestro querido Chile. Las movilizaciones estudiantiles han recorrido este angosto y largo país, desde Arica hasta Punta Arenas, golpeando en cada uno de sus nichos a este modelo enajenador que nos despoja de derechos políticos, económicas y sociales que, con gran esfuerzo y sacrificio, el pueblo chileno conquistó en etapas anteriores de lucha. El neoliberalismo se cobija en el núcleo duro de los sectores fascistas de Chile. Es la derecha política representante de esos sectores la que defiende, con todas sus garras, los intereses de los grupos empresariales que por años se ha beneficiado de este negocio tan rentable que es la educación. Como consecuencia, aquel segmento mayoritario de la juventud chilena, que es de escasos recursos y enfrenta situaciones socioeconómicas complejas, que ha sido despojado del derecho a la educación y del derecho a una mejor calidad de vida, se rebela en nombre de todos los chilenos víctimas de la exclusión social.

La educación y la salud en Chile han sido modeladas como «bienes de consumo», hecho que fue aceptado durante años por

---

un amplio sector de la sociedad, al cual se le inculcó de que «lo natural» es que fuesen dos mercancías suntuarias más, reservadas exclusivamente para quienes tuvieran el suficiente dinero para *comprarlas*. Es por ello que la represión y la persecución a los dirigentes sociales y políticos populares que luchan por conquistar, y en muchos casos por reconquistar, los derechos de los cuales ha sido despojado el pueblo chileno, fueron pasadas por alto en algún momento. Es por esto que debemos reconocer el gran acierto del movimiento estudiantil, que ha despertado las conciencias de miles y miles de chilenos que hoy ya no se conforman con el actual modelo de educación, que entendieron necesario cambiar la añeja Constitución, que hace falta una urgente reforma tributaria en beneficio de los sectores populares, que ya no aguantan la sobreexplotación de nuestros recursos naturales en beneficio de capitales extranjeros. Todo ello implica que Chile volvió a creer en la posibilidad de convertirse en un país distinto, un país justo, donde la educación y la salud estén garantizadas, donde los trabajadores tengan condiciones laborales dignas, donde los jóvenes no sean explotados ni maltratados, donde exista plena igualdad de género y étnica, donde se proteja el medioambiente, donde los recursos naturales sean utilizados para mejorar las condiciones de vida del pueblo, donde la cultura se desarrolle libremente, donde haya acceso a la literatura, donde los niños no sufran la discriminación desde que nacen porque sus padres no tienen dinero, donde caminar por las calles no implique un temor constante de ser asaltados, donde los jóvenes más desposeídos no tengan que recurrir a las drogas y a la delincuencia para «dar sentido» a sus vidas, donde los abuelos no se sientan un estorbo, donde el desarrollo del conocimiento sea una tarea de la sociedad en su conjunto, donde el avance de la ciencia se ponga al servicio del pueblo.

Ese hermoso país es el que hoy estamos volviendo a soñar. Con emoción lo vuelvo a mencionar: Chile está cambiando.

Hoy no somos los mismos que hace un año. Las esperanzas han resurgido a pesar del esmero de aquellos que propugnan la ideología neoliberal, pretenden eternizar el capitalismo y excluyen toda posibilidad de una revolución social. Ellos son los que pretenden ocultar el contenido y las nuevas formas de las movilizaciones estudiantiles por la vía de la represión violenta, para la cual hacen un mal uso de las fuerzas policiales, enfrentadas a una patria que deberían defender.

En este punto cabe resaltar el rol de la comunicación social a lo largo de la historia y, en particular, en este proceso que desde hace meses vivimos en Chile. En dependencia de quién, cómo y para qué se utiliza, es decir, de si la utilizan los pueblos a favor de sus luchas o las oligarquías a favor de sus intereses mezquinos, la comunicación social tiene resultados positivos o negativos. Aunque los grandes medios transnacionales de comunicación y los medios nacionales de países como Chile, a ellos subordinados, constituyen los principales portavoces de la doctrina neoliberal, por fortuna en las últimas décadas han florecido los medios alternativos que defienden los intereses de sectores populares y las redes sociales que permiten la divulgación y la concatenación inmediata de los sucesos locales, gracias a los cuales estos se transforman en eventos de alcance nacional, continental y hasta mundial.

A pesar de los intentos malintencionados de quienes integran el actual gobierno de Chile, en el ambiente se respira el sentimiento de rebelión y transformación. La juventud ha rejuvenecido a todo un país que recobra voluntades, genera esperanzas e, incluso, desarrolla nuevas virtudes. En momentos como estos es que la diversidad de la juventud se ve expresada

en toda su amplitud como un verdadero arcoíris, con el brillo de cada color. Esta fortaleza dota de amplitud sobre todo a las ideas. Es precisamente ese el campo de batalla en el cual hemos estado durante todo este tiempo. Como dijo el compañero Salvador Allende, las «Juventudes Comunistas son un crisol» donde se va modelando ese nuevo ser humano que logrará la condición de construir y diseñar una nueva sociedad. Igual que un día jóvenes como nosotros fueron parte de la construcción y del triunfo revolucionario de la Unidad Popular, los jóvenes de hoy estamos en la primera línea de combate enfrentando diversas batallas, en primer lugar, esa batalla fundamental, la batalla de las ideas, que no se gana tan solo por gritar más fuerte, ni mucho menos por decir repetidamente la palabra *revolución*, sino por la claridad y la convicción que esas ideas expresen. Es ahí donde estamos haciendo nuestro mayor esfuerzo, porque salir a las calles y convocar a las masas a manifestarse, no implica solo realizar un buen trabajo de agitación comunicacional, sino también esclarecer ante la sociedad lo que consideramos justo y necesario.

En este camino de nuevas fórmulas y de nuevos proyectos de reforma orientados a la transformación social revolucionaria, hemos aportado todos los elementos que surgen del debate de los jóvenes chilenos y hemos fortalecido nuestra organización, por la vía del crecimiento cuantitativo pero, ante todo, del crecimiento cualitativo. Tal como Chile ha cambiado, las gloriosas Juventudes Comunistas también somos distintas. Hemos adquirido una madurez que ya no tiene vuelta atrás. La experiencia práctica adquirida en el presente es fundamental para desarrollar las futuras teorías.

Las Juventudes Comunistas nos hemos reunido en nuestro XIII Congreso Nacional en medio de un intenso e importante



proceso de movilización que abarca todo el país, con el cual nuestra organización ha estado profundamente comprometida. Si bien todo se ha iniciado con la fuerza del movimiento estudiantil, ha sido el movimiento social en su conjunto el que lo ha dotado de sentido y razón: hoy no solo son los estudiantes los que salen a las calles; también son las dueñas de casa, los pobladores, los trabajadores y los niños; todo Chile ha cantado y gritado en unidad que «va a caer la educación de Pinochet», expresión con la que el pueblo reconoce al responsable de una herencia que vincula de forma precisa con quienes sometieron a nuestra patria a una sangrienta dictadura y que hoy pretenden mantener y profundizar. Esta es una de las consecuencias del modelo neoliberal al que antes nos hemos referido.

Los jóvenes comunistas nos hemos declarado abiertamente una organización antineoliberal, antiimperialista, antifascista y, sobre todo, *revolucionaria*. Tenemos la profunda convicción de que nuestro Partido será la herramienta que nos permitirá generar avances fundamentales en los procesos democráticos y, en la medida en que seamos capaces de encaminar y cosechar triunfos por la democracia, haremos retroceder el neoliberalismo. Es por esta razón que no somos ni seremos una organización socialdemócrata; nos diferencia y nos aleja de la socialdemocracia, el que no creemos en la posibilidad, ni siquiera remota, de la humanización del capitalismo, sino que, al contrario, creemos que este —en cualquiera de sus expresiones— es profundamente inhumano. Lo demuestra la indignidad en la que viven sumergidos aquellos pueblos hermanos de América Latina y el mundo que han sido sometidos y atrapados por él. Se ha dado paso a la lamentable experiencia de ver al ser humano completamente enajenado de su esencia natural. Sabemos que ha habido importantes adelantos científico-técnicos y profun-

das transformaciones en la economía nacional y mundial; también entendemos que se han producido transformaciones en la estructura social y de clases del sector popular y, a pesar de todo, continúa agravándose el empobrecimiento, la opresión y la explotación a la que es sometido indistintamente por una clase económica y políticamente dominante con todos los privilegios que la acompañan.

Ser comunistas no es una tarea fácil, no solo por el constante ataque que se recibe de las fuerzas políticas contrarias — e incluso fascistas — que han intentado nuestro exterminio a lo largo de la historia, sino por la exigencia constante de la superación personal, por el dar y entregarse día a día sin esperar nada a cambio. Son hermosas responsabilidades que los jóvenes comunistas sentimos a pesar de las atractivas trampas del modelo, pero no nos desanimamos, sino, por el contrario, nos fortalecemos. El anticomunismo encarnado que lleva consigo el neoliberalismo ha logrado permear de forma lamentable a muchos ciudadanos comunes que hacen valoraciones desde la ignorancia y el desconocimiento intencionado. No es casual el alto impuesto sobre el libro del cual somos víctimas. La restricción del conocimiento no solo se percibe en el modelo educacional, sino también en la restricción de la población vulnerable y desposeída de una economía flexible que le permita mirar más allá del pan de cada día. La restricción del conocimiento y el sesgo televisivo son algunos de los elementos que han utilizado los sectores dominantes para restringir las oportunidades y evitar el reconocimiento de organizaciones como la nuestra, con una gran historia de lucha en defensa de la clase trabajadora.

Esto es parte de tal guerra y es quizás una de las más ingratas, porque los jóvenes comunistas muchas veces somos discriminados por ser jóvenes y por ser comunistas, aunque esto no nos

amedrenta. De cara al desafío hacemos valer nuestro legítimo derecho a soñar y a creer en un país distinto; hoy trabajamos por construir, incluso, algo más concreto todavía: un gobierno de nuevo tipo, para el que no tenemos la receta única ni el único método; al contrario, creemos en la construcción colectiva, desde lo más sensible de la base social a la que nos debemos.

Los jóvenes comunistas somos soñadores, pero no ilusos. Sabemos perfectamente lo que no debemos hacer y, sobre todo, lo que queremos hacer. Valoramos concretamente las acciones de juventudes políticas hermanas que se desarrollan y organizan por esta noble causa a lo largo y ancho del mundo, rescata-mos y aprendemos de cada uno de los procesos revolucionarios de los que hemos sido testigos. No creemos en el traslado auto-mático de una experiencia a otra; por eso no intentamos copiar un modelo revolucionario, ni mucho menos compararnos con países adelantados en los pasos hacia el socialismo, pero agrade-cemos la oportunidad de conocerlos y nutrirnos de todo lo que en ellos se ha vivido. Somos respetuosos de cada cultura y cada forma de entender las cosas; no podríamos ser comunistas si no conociéramos la humildad. Si hay algo que hemos sabido aprender los jóvenes comunistas en esta escuela son los valores; sin estos valores no podríamos actuar, porque la intensidad de nuestra lucha amerita serenidad, astucia y mucha inteligencia, con el fin no solo de conocer los procesos, sino de comprender-los y desarrollarlos. Sin embargo, fácil resulta caer en las garras de la impaciencia y la soberbia que caracteriza a ese ser humano egoísta e individualista, ícono del capitalismo. Por esta razón y muchas otras es que debemos cuidarnos, y esto no significa que no podamos equivocarnos, pero sin duda hay errores que para nosotros cuestan muy caros.

Hoy debemos estar contentos, pero no conformes, porque en nuestra soñada América Latina han nacido nuevos procesos de emancipación y liberación de sus pueblos, lo que significa un ejemplo de superación e impulso para toda la región. Los desafíos que nos dejan sobre la mesa son gigantes; los trabajadores ya no creen más en la mentira de que ellos tienen lo que se merecen; los trabajadores también están despertando; son ellos quienes tienen en sus manos los cambios verdaderos. La batalla por la educación es el inicio de una gran guerra en la que todos tendrán que declarar públicamente en qué bando se encuentran, y esto no pone en riesgo la paz y la tranquilidad de Chile; al contrario, hoy se recuperan las esperanzas perdidas de vivir la tranquilidad y la paz que entrega la justicia.

Las Juventudes Comunistas de Chile somos una organización con una gran historia de lucha y convicción. Con setenta y nueve años de existencia al alero del Partido que fundó Recabarren, hemos demostrado que somos consecuentes con nuestras ideas y proyecciones. Entendemos que nuestra lucha no es de generaciones. Lo que la juventud aporta en energía, en fuerzas y en espontaneidad, los mayores lo aportan en experiencia y sabiduría. Somos respetuosos de los que antes estuvieron y de los que aún están: aquellos que enfrentaron otras batallas en otros contextos políticos, aquellos que estuvieron en disposición de dar su vida cuando fue necesario.

Hoy, en el siglo XXI, cuando muchos seguidores de la academia posmodernista aseguran que el comunismo es una ideología obsoleta, que se extingue en el momento mismo de la caída del Muro de Berlín, yo me atrevo a decirles respetuosamente: estimados académicos, la teoría no siempre es reflejo de la realidad y en el contexto de la crisis mundial del capitalismo y todas

sus expresiones, la construcción de una patria socialista ahora recobra más sentido que nunca.

Con la gran responsabilidad que tengo sobre mis hombros en este período es que puedo decir, con orgullo y claridad, que tengo la certeza de que las Juventudes Comunistas de Chile contamos con la fortaleza, la energía, la valentía, el ímpetu, la humildad y, sobre todo, la convicción de que debemos transformar este país, cambiar la cara de la política tradicional. Para esto el rol de la juventud es clave, y no solo de nuestra organización: en este camino no podemos permitirnos avanzar solos, sino que la unidad de los jóvenes, de los trabajadores, de los pobladores, en definitiva, de los pueblos, es vital en un proceso de transformación real donde la historia nos dará la experiencia y la fuerza para vencer.

*Noviembre de 2011*